

R.I.P.

Tras casi sesenta años de matrimonio mi mujer sabe tiranizarme a la perfección; lo peor de todo, es que yo me doy cuenta de su tiranía pero sigo manteniendo el mismo juego que hace años, y simplemente finjo que ella me convence con su persuasión. Generalmente hago lo que ella me pide de buena gana, me gusta ayudarla, pensar que durante nuestra vida en común ha sido feliz; de todo lo que ella me “convence” para hacer, hay una cosa que odio por encima de todo: cada mes, generalmente el primer viernes, ella se levanta quejándose de la artrosis, y con una sonrisa me dice que esta vez tampoco me puede acompañar al cementerio; -“*las escaleras, ya sabes –me dice- son tantas, bien podrían arreglar ese trazado obsoleto y así podría acompañarte*”. Entonces ya sé que me tocará volver a mí solo a arreglar las tumbas de sus familiares: su padre, muerto durante la guerra, su hermana de quien delicadamente decían que se había intoxicado, pese a que se sabía que la pobre chica se había quitado la vida tomándose matahormigas, y un hermano suyo, muerto en la primera infancia. Yo aborrecía hacer esa tarea, y a menudo deseaba que en la época en que todos ellos fallecieron se hubiese permitido la incineración. En una ocasión le sugerí sacar los restos y trasladarlos todos a “la huesera”, un pequeño nicho en el mismo cementerio que es de nuestra propiedad (mi suegra nos lo concedió hace años como regalo y ni que decir tiene la cara que se me quedó con tan grato obsequio) y así a ella le resultaría cómodo ir a visitarlos cuando quisiera; pero no quiso ni hablar del tema; siempre dice que los muertos deben descansar, y así estoy yo desde entonces. Aquella mañana de octubre me endosó la pequeña bolsa de lona donde estaban las paletas, la botellita con agua, el rastrillo en miniatura y los guantes, junto con una caja en que había media docena de plantas de flor naturales, y me despidió cariñosamente. Puse cara de mártir en la puerta, pero ella se limitó a enviarme un beso con la mano, y mi debilidad flaqueó. Como siempre me dominaba.

La verdad es que el cementerio, del año 1878 y situado a las afueras de la ciudad sobre una loma, no ha sido reformado desde que Juanín, como llamamos al difunto de la tumba número uno fue enterrado allí el año de la inauguración; de tres kilómetros cuadrados es empinado a más no poder, y salva su desnivel con más de doscientos escalones, una tortura para los ancianos como yo. Los restos de la familia de mi esposa se hallan casi al final del cementerio, dentro de un recinto separado por un alto muro y que antaño tenía su propia entrada, donde a diferencia de la principal, no había cartel de bienvenida. Hablamos del Cementerio Civil, el suelo menos santo del camposanto, un pedazo de tierra para los apóstatas. Ahora ya no se hacen estas distinciones y se trata de idealizar eso de que “la muerte nos iguala” (lo que sigo sin creer) pero entonces, cualquier paso mal dado en la vida o en la muerte podía conducirte al exilio eterno. Por ejemplo un pequeño bebé que se

muriese sin esperar al párroco, estaba condenado no sólo espiritualmente yendo a parar al limbo, sino que sus padres debían pagar una pequeña fortuna para que fuese enterrado en el cementerio civil. Su poca suerte en el momento de la muerte le condenaba a descansar en terreno no consagrado, en una pequeña tumba sin cruces, flores o distintivos. Por eso muchas familias pobres optaban por enterrarlos en el huerto o en el monte, a gran profundidad donde las alimañas no pudiesen hacer presa en ellos. Ese viernes hacía sol, pese a estar en el norte y ser otoño; el verano de San Martín se había adelantado y me recibía a la entrada general del cementerio. Hacía años que la entrada independiente del civil se había anulado en un vano intento de unificar el camposanto, pero habían dejado los antiguos muros, haciendo que éste apareciese como un recinto independiente, así que el efecto era el mismo que antaño, y tuve que atravesar más de novecientos metros hasta dar con lo que aún seguimos llamando así, “el civil”. Entrar allí siempre me produce un efecto desolador.

Lo primero que veo es la blanca y alta cruz de madera pintada de blanco rodeada de flores y llena de iniciales pintadas en negro; al pie sólo hay una inscripción con tres palabras, pero que cuentan una historia de más de mil páginas: “Año de 1937”. Son los fusilados de guerra, cientos de hombres, mujeres y niños que dejaron sus vidas para acabar aquí, supongo que injustamente. Hubo un tiempo en que prohibieron a sus familias visitarlos, y los más osados tiraban flores por la noche, furtivamente, a través de los altos muros. La mayoría de ellos fueron asesinados a escasos metros de donde ahora reposan, de cara al muro oeste del cementerio, y de espaldas a sus verdugos, que sesgaron sus vidas a golpe de fusil; a veces, cuando paso junto a ese “paredón” siento un escalofrío, y experimento el terror de los que allí murieron. Jamás me detengo a leer los cientos de nombres que se hallan grabados en una placa, (póstumo recuerdo) ya que probablemente encontraré varios nombres y apellidos familiares.

Alrededor de la fosa común hay varias tumbas, de las que sólo algunas están señalizadas con lápidas o cruces; yo sé donde se hallan todas a fuerza de venir muy a menudo, pero un profano las pisaría sin percibir las. En la primera de ellas, señalada por una lápida gris y agrietada se lee el nombre de Ramón G. Velasco; nunca hay flores en ella, y en una ocasión la lápida fue arrancada y echada a un montón de basura; quienes no conocían la historia dijeron que era una profanación, pero yo sé que fue un acto de rabia. Ramón G. fue el único “asesino en serie” que tuvimos por estos lares; aquejado de tuberculosis antes de que se introdujese la penicilina, se tomó en serio las palabras de un curandero y asesinó sin piedad a tres niños para beberles la sangre. Fue ajusticiado a garrote vil esperando que purgase sus crímenes; pese a todo, su familia se empeñó en enterrarlo aquí, lo que creo cierto malestar general. No muy lejos de donde se halla su tumba, descansan sus víctimas, así que es comprensible el estado de angustia de las familias. Cerca del sacamantecas descansa un parricida, también ajusticiado y a su alrededor, destacan un montón de montículos

diminutos, como formando una composición de algo; estos son los que más nervioso me ponen; son los niños, los pequeños fallecidos privados no sólo de vida sino también de descanso. Yo, pese a ser un hombre que no tengo demasiadas creencias en vidas eternas, otras vidas o cosas semejantes, siento que esos pequeños no pueden estar bien junto a los asesinos. Un sacamantecas no debe ser enterrado junto a víctimas potenciales, igual que un pederasta no tendría cabida aquí ni muerto. El sentido de igualarnos en la muerte está mal contemplado. De estas treinta y tantas tumbas diminutas, muy pocas están señalizadas; varias tienen pequeñas cruces de madera blanca con fechas rotuladas en negro; los que allí están no vivieron más que una o dos semanas; un pequeño con las iniciales JMM llegó a vivir dos meses; a su lado hay una tumba que es casi imperceptible; también tiene una cruz de madera, pero sin pintar y sin inscripción; la cruz es tan pequeña, que no se ve a no ser que uno se ponga encima; está mal hecha, formada prácticamente por dos palos atados con una cuerda de color anaranjado; si esto no fuese un cementerio, creería estar ante el enterramiento de una mascota; cuando mis hijos eran críos se nos murió el canario, y recuerdo que hicimos una cruz similar para señalar su tumba; muchas veces me he preguntado por la criatura de esa sepultura y por su familia. Nunca vi flores o plantas junto a ella, y la hierba crece tan alta a su alrededor que a veces se pierde entre tanto verde. Ahora cada cierto tiempo reservo diez minutos para arreglarla. Me da pena que sea engullida por la maleza, y más me apena pensar que nadie se acuerda de quien descansa allí.

A la derecha de la tumba de la hermana de mi mujer hay dos tumbas blancas y pequeñas, apenas separadas por unos centímetros de tierra; las lápidas son blancas y tienen grabados ángeles; no tienen nombres, pero sí fechas; dos gemelos nacieron y murieron con un día de diferencia, a los siete meses; me pregunto si su madre no estará enterrada en la parte “Católica”, con una fecha similar a la de sus hijos, porque ¿Cómo podría soportar la muerte de ambos?. Sus tumbas siempre están arregladas pero sin flores; hasta la fecha nunca he coincidido con quien las encala y las limpia. Más allá hay muchas más, algunas muy deterioradas, aunque menos lúgubres que la de mi pequeño amigo o amiga, y algunas por la erosión del terreno se han ido ladeando hasta formar un paisaje tétrico; se ven torcidas, hundidas, montículos sin señalar pero que se sabe que contienen, y otras cuyas lápidas se han resquebrajado. Un paisaje desolador que contemplo cada mes sin poder evitarlo.

Frente a la tumba de mi difunta familia política hay una lápida curiosa que quienes la ven por primera vez no comprenden, pero yo sí, ya que estaba aquí en el momento del entierro, hace bastantes años; consiste en una lápida en color gris cemento, de una persona adulta y en ella no consta el nombre, tan sólo las iniciales R. A el año de nacimiento y de muerte y justo debajo un compás grabado. A sus pies hay un ladrillo pegado con cemento; nunca hay flores y a su alrededor no crecen plantas, si bien está limpia de maleza. Cada vez que la miro recuerdo el día de invierno,

gris y lluvioso que, refugiado en la casita de las herramientas del capellán observé el más extraño entierro de mi vida. Estaba allí, aterado y resguardándome del frío cuando en silencio, (tanto que no los oí llegar) aparecieron como por arte de magia un grupo formado por cinco hombres, todos vestidos de riguroso negro y hasta con sombreros de copa, lo que no veía desde mi infancia. Sin cura ni rezos, tan sólo con el enterrador, dejaron al pie de la tumba un ataúd corriente, brillante y con un Cristo en su tapa, tal y como son todos los ataúdes que por ley entregan las funerarias. En un silencio roto por el golpeteo de la lluvia, dos de los presentes trajeron otro ataúd, este de madera de pino sin devastar, semejante a una caja de madera hecha por un niño, y abriendo la otra, sacaron el cuerpo; éste estaba envuelto en una blanca sábana y pude apreciar que no estaba vestido. Con cuidado lo traspasaron al sencillo féretro, y alguien se llevó el otro; ayudados por el enterrador bajaron el ataúd a tierra, y hablaron a los pies de la tumba durante un buen rato, sin que yo, algo asustado por la ceremonia pudiese entender que decían. Después, simplemente se fueron. Ahora sé que el difunto que yace en esa tumba es un pensador muy importante de la región, escritor e investigador, un hombre conocido y popular en vida, pero riguroso en todo; era Masón, y como tal había vivido, había sido enterrado. Desde entonces he leído sobre el tema y ahora me resulta fácil distinguir las escasas tumbas masonas, siempre presentes en la parte Civil del Cementerio, siempre con un ladrillo a los pies y con grabados peculiares del saber: un compás, una escuadra, una pirámide...

Los suicidas tampoco tenían derecho a ser enterrados en la parte Católica ya que habían dado la espalda a Dios, y buena prueba de ello era mi cuñada, a la que no había conocido pero decían que se había “matado por amor”; yo pienso que más bien por desesperación; entonces, en aquellos años de puritanismo y disciplina era difícil rehacer la vida si un hombre abandonaba a una mujer; pasase lo que pasase la culpa iba a ser de ella, y la mala fama la precedería, así que no creo que se suicidase por amor; el hombre no lo valía, según creo. De todas formas acabó aquí por su error, junto a su padre, fusilado años después durante la guerra; ¿el motivo? ninguno lógico. Un chivatazo, un cuento de los vecinos, celosos de sus cosechas, de sus hijos, de su mujer; dijeron que era contrario a “la idea” y en su casa encontraron dos novelas que nada tenían que ver con la revolución, la guerra o pensamientos comunistas, republicanos o de algún otro partido. Ambos eran de Balzac, uno El médico de aldea y el otro Eugenia Grandet. Murió por ello, ese fue su mal. Y perdió todo derecho a ser enterrado junto a su familia, al otro lado del cementerio; quizás le quedó el consuelo de estar con una de sus hijas y su hijo, un pequeño muerto de encefalopatía a los dos años; el crío había nacido enfermo y no lo pudieron llevar a la iglesia para el bautizo. El cura, complicado después en los chivatazos de guerra se negó a bautizarlo en su casa, y cuando murió no tenía este sagrado Sacramento. Al menos mi suegro no fue a la fosa común, que aún hoy, siembra polémica entre quienes quieren abrirla y quienes no. Su cadáver fue recogido de la tapia de este mismo cementerio

por su hijo mayor, la noche en que cayó. Agachado limpiando de malas hierbas las tumbas, si me fijo, puedo ver los agujeros de bala en la pared del oeste; tal vez si me acerco dentro puede ver la propia bala, no lo sé. Ante esa pared, que hoy parece amable y protectora, un freno a los ruidos y la vida alocada, una entrada al mundo del silencio y de la calma murieron más de cien personas en tres años. Cada noche unos pocos, mientras sus familias los lloraban en sus casas; me imagino su terror, y acelero mi trabajo para irme cuanto antes.

Todos los cementerios cuentan historias tristes, pero creo que este más. Es el cementerio de los desesperados, de los niños, de los apartados y repudiados, de las víctimas y de los asesinos. Mientras planto las plantas de colores que mi mujer ha comprado miro al frente y la fosa común me recuerda lo que no debe volver a suceder; a la izquierda veo las tumbas torcidas de los niños, algunas tan olvidadas y descuidadas como lo habrían sido ellos en vida y pienso en mis hijos y nietos. Siento un golpe, y pienso en los disparos ante el Paredón. Cuando planto la última flor recojo rápido y me preparo para irme, aunque antes coloco unas flores diminutas y blancas en la tumba del chiquillo olvidado, y una vez terminada la tarea salgo del recinto; mientras busco las escaleras echo una última mirada al Civil y la edad y la imaginación me juegan una mala pasada, como de costumbre; a los pies de la tumba del Masón veo una figura negra que parece observarme mientras por mi derecha me da la impresión de que algo pequeño y gélido ha pasado corriendo con pasos infantiles; al llegar al primer peldaño mi oído de viejo recoge unos ruidos sordos y martilleantes, repetitivos, que provienen del muro del fondo, del paredón, y me digo que son los tubos de escape de un coche, y que la risa de crío que retumba proviene del exterior. Una vez afuera me pregunto que puedo hacer para no dejarme liar por mi mujer la próxima vez, pero sé que al final, acabará logrando su objetivo, que tal vez en el fondo también es el mío, porque ¿Quién sino va a cuidar a los olvidados?